

EL ABOGADO DE TANATOS

María Paulina Mejía

Una voz fuerte e implacable emerge en el escenario psíquico de cada sujeto, imponiéndole una ley que parece ser el principio y el fin de todos los preceptos. Una ley que no admite interrogación porque en su lógica no existe la pregunta. Juicio oscuro y extraño al cual asisten solo dos personajes. Un juez que le exige al acusado renunciar a sus excesos y entregarle esa preciosa sustancia para alimentar su sed de justicia. El segundo personaje es el siempre culpable, por no estar a la altura de los ideales.

Este trabajo se propone saber algo sobre ese personaje que hace las veces de juez, personaje que ha sido nombrado por el psicoanálisis como superyó.

Se tiene noticia a través de los escritos freudianos de que el superyó es el hijo de un drama, es el representante del Otro, su extensión y su heredero. Pero ¿qué es lo que hereda del Otro este personaje cruel y feroz que se llama superyó?

Sabemos por Freud (1) que la renuncia a las pulsiones es la condición para el nacimiento de la conciencia moral, y no al contrario. Pero ¿cómo se pone en operación esta renuncia? Es el Otro el agente, el operador de la renuncia a las pulsiones.

Otro ----- Renuncia a las pulsiones ----- Superyó

Este Otro, se puede caracterizar a través de los desarrollos que Freud articula en el capítulo siete del "Malestar en la Cultura". Allí él propone dos tiempos en la génesis del superyó los cuales pueden ser tomados como tiempos lógicos en el devenir del sujeto. Estos dos momentos permitirán esclarecer cuáles son aquellas dimensiones del Otro que se ponen en escena en el recorrido que hace el sujeto con relación a la renuncia a las pulsiones, dimensiones que se constituyen en el fundamento del superyó como instancia psíquica que hace las veces de autoridad.

En el primer tiempo se encuentra a un pequeño sujeto en posición de absoluta dependencia frente al Otro, es decir, incapaz de responder por su sobrevivencia. Es un ser con una gran prematuración física y psíquica lo que actualiza una angustia ligada a un sentimiento de desamparo que se activa si no viene alguien que proteja y resguarde al pequeño de la muerte. Es lógico entonces que las fantasías asociadas a este tiempo tengan que ver con el despedazamiento y la pérdida de la vida, como bien lo refiere Lacan en su texto "La Familia".(2)



En estas condiciones, no es difícil suponer que el Otro adquiere una dimensión absoluta para el niño o la niña. El Otro es una figura "Hiperpotente", como la califica Freud, es decir, que hay en él un exceso de poder con relación a un ser que representa el más absoluto desvalimiento.

Frente a esta relación de tan extrema disparidad se encuentran dos dimensiones del Otro, dos posibles manifestaciones de esa "Hiperpotencia" que emergen en la relación con el pequeño:

- Una dimensión amorosa.
- Otra dimensión cruel.

Esta afirmación supone que no existe una vinculación con el otro que este fundada única y exclusivamente en el amor. Cuando Freud intenta caracterizar las relaciones del sujeto con el objeto, se encuentra con un más allá de los lazos libidinales, un más allá que introduce una dimensión sádica en el vínculo amoroso.(3)

En el seminario 4, Lacan hace referencia a la potencia de la madre en los siguientes términos:

"La madre se convierte en **potencia** y como tal en real, y de ella depende manifiestamente para el niño su acceso a los objetos. Estos objetos, que hasta entonces eran pura y simplemente objetos de satisfacción, se convierten por intervención de esa potencia en objetos de don.. En este momento, que les estoy describiendo, de realización de la madre, es **ella la que es omnipotente, no el niño**. Es un momento decisivo, en el cual la madre pasa a la realidad a partir de una simbolización del todo arcaica. En este momento, la madre **puede dar cualquier cosa**. ...Lo que hasta entonces se situaba en el plano de la primera connotación presencia-ausencia, pasa de pronto a un registro distinto y se convierte en **algo que puede negarse (también en el sentido de dar calabazas) y detenta todo aquello de lo que el sujeto puede tener necesidad..**".(4)

El Otro omnipotente, simbolización arcaica, como lo nombra Lacan, tiene todo aquello que el pequeño sujeto necesita, como también tiene el poder de dar o no, incluso puede rehusarse a dar. La Omnipotencia parece ser una posición que favorece la emergencia de cualquier tipo de respuesta, o bien del lado del amor, o bien del lado de la crueldad.

Con el objetivo de ilustrar esa doble vertiente del Otro, se hará alusión a dos mujeres quienes asumen dos posiciones radicalmente opuestas frente a sus hijos.

En el primer caso tenemos a Medea quien bajo la intervención de la diosa Afrodita se enamora locamente de Jasón, renunciando a todas sus conquistas para conservar al amor de ese hombre. Esta mujer deja su patria, traiciona a su padre robándole el Vellocoino de oro

que tanto anhela Jasón para recuperar el reino, mata a su hermano para distraer a quienes persiguen a su amado. A nombre de este amor loco y sin límites, Medea transgrede todas las prohibiciones. Pero ahora, desposeída del pasado, empobrecida en lo más hondo, recibe una nefasta noticia:

"!Ahora! Todo le es enemigo, y la hace perder lo más amado. La traicionó a ella, y traicionó a sus hijos Jasón, enlazándose con una regia boda; se casa con la hija de Creón, señor absoluto de ese país...Y ahora está allí tendida...sin alimento, entregado su cuerpo al dolor, agotando su tiempo entero en lágrimas, desde que se dio cuenta de la injusticia de su marido. No alza los ojos, siempre fijos en el suelo. Emula de una roca, émula de las olas que azotan, nada oye, nada entiende de lo que sus amigos quisieran decirle. De tiempo en tiempo alza su cuello de color de nieve y llora en silencio a su padre amado, llora su tierra pérdida, llora su casa que ella dejó para seguir al pérfido que ahora la traiciona.!Odia a sus hijos...ni siquiera quiere poner en ellos los ojos!. ¿Qué va a hacer? !Yo lo temo: algo nuevo proyecta! La conozco. En su ira es arrebatada; no se arredra ante mal ninguno, si lo padece. La conozco y me estremezco"(5)

Medea ha sido traicionada por Jasón, entonces ya nada importa tanto como su dolor. Y si reír no puede, al menos, sí, disfrutar una cruel venganza contra aquel que se burló de su amor. Entonces la que tuvo el poder de dar la vida, ahora tendrá el poder de dar la muerte.

"!Nunca, por los dioses que en el Hades imperan, esos que ejercen la venganza implacable, nunca de mí se diga que yo dejé a mis hijos a las burlas y desdenes de mis enemigos! !Mueran, fuerza es que mueran y es urgente que yo que les di la vida, les dé también la muerte. Todo me empuja a eso: retroceder no puedo! Inevitable es".(6)

"Felices sed, pero allá abajo...aquí vuestro padre ha arrebatado la dicha de que gozar pudisteis... !Dulce abrazo, delicada piel, suavísimo aliento de mis hijos! !Entrad, entrad! No puedo veros ya: me abate el dolor. Bien lo sé, lo estoy palpando: será un horrendo crimen el que yo intento... pero mi furor se sobrepone a mi juicio. !Ah, es la ira la fuente de los mayores males para el hombre!"(7)

Medea, como una leona enfurecida, da muerte a sus hijos para dejar a Jasón en la más profunda desolación. Sella así su anhelo de venganza, disfrutando el dolor que le ha provocado a Jasón.

En la figura de Medea se presentifica esa dimensión del Otro terrorífica y cruel, esa dimensión mortífera que no logra ser recubierta, limitada por el amor, dimensión que es ganada por una voluntad que no preserva al pequeño sujeto de la muerte. Ninguna representación, ningún vínculo amoroso salva a sus hijos de la muerte.



En el texto del "Malestar en la Cultura" Freud se refiere a la desprotección en la que queda sumido un niño cuando pierde aquello - el amor - que lo preserva de la furia de ese Otro Hiperpotente:

"Si pierde el amor del otro, de quien depende, queda también desprotegido frente a diversas clases de peligro, y sobre todo frente al peligro de que ese ser Hiperpotente le muestre su superioridad en la forma del castigo".(8)

Es así como ese Otro que insta al sujeto a renunciar a las pulsiones no es todo amor, no es todo cuidado y protección. Existe en él una dimensión cruel que también se presentifica en la forma como ejerce la autoridad y que se constituye en una de las dimensiones que el superyó introyectará posteriormente.

Sin embargo se puede deducir otra posición en una mujer frente al hijo en el relato bíblico del Rey Salomón.

"Acudieron por entonces al rey dos prostitutas, y se presentaron ante él. Díjole una de ellas: ¡Óyeme, señor mío! Yo y esta mujer vivimos en la misma casa; y yo di a luz estando con ella en la casa. A los tres días de mi alumbramiento también esta mujer dio a luz. Estábamos nosotras juntas, y ningún extraño había con nosotras en la casa. Estábamos nosotras dos solas. Pero el hijo de esta mujer murió una noche, porque ella se había acostado encima de él. Ella se levantó a media noche, tomó a mi hijo de mi lado mientras tu sierva dormía, y lo recostó en su regazo, y en mi regazo puso a su hijo muerto. Cuando me levanté por la mañana para dar el pecho a mi hijo, vi que estaba muerto; pero después, a la luz del día lo miré atentamente y vi que no era mi hijo, el que yo había dado a luz. Replicó la otra mujer: No es verdad, mi hijo es el que está vivo, y el tuyo es el muerto. Pero la primera decía: No es cierto; tú hijo es el muerto, y el mío es el vivo. Y así discutían en presencia del rey...Y añadió el rey: Traedme una espada. Trajéronle al rey una espada y él ordenó: Partid en dos al niño vivo y dad una mitad a una y la otra mitad a la otra. Entonces la mujer de quien era el hijo vivo, dirigiéndose al rey, porque se le habían conmovido las entrañas por su hijo, le dijo: ¡Por favor, señor mío! Entregadle a ésta el niño vivo, pero no lo matéis. Por el contrario, la otra decía: No sea para mí, ni para ti; que lo partan.

Entonces el rey intervino diciendo: Entregad a aquella el niño vivo y no lo matéis; ella es su madre."(9)

En este caso una de las mujeres - la que Salomón reconoce como la verdadera madre - prefiere renunciar a su hijo para mantenerlo con vida antes que ganar la disputa con la otra mujer. Algo mediatiza la relación de ella con el recién nacido, algo que le exige mantener con vida a su hijo antes que satisfacer otro tipo de intereses que lo pondrían en peligro de muerte.



Medea y la madre del relato bíblico nos ilustran dos posibles respuestas de un Otro Hiperpotente frente un ser en posición de absoluta dependencia. Ese Otro entonces, puede responder desde el amor o desde la más profunda crueldad, y es esa doble dimensión la que se pone en escena en la función de autoridad que ejercen los progenitores frente al hijo.

Freud anota al respecto:

"La renuncia de lo pulsional es el resultado de la angustia frente a la agresión de la autoridad externa, pues en eso desemboca la angustia frente a la pérdida del amor, ya que el amor protege de esa agresión punitiva"(10)

"Originariamente, en efecto, la renuncia de lo pulsional es la consecuencia de la angustia frente a la autoridad externa"(11)

Perder el amor del Otro significa estar expuesto a su agresión. Es decir que la angustia que produce la posibilidad de perder el amor del Otro, esta ocasionada en el temor a la posible crueldad que con ello se desate, y es por eso que el sujeto se somete a sus prohibiciones.

Según Freud es ese Otro el que le exige al niño-a renunciar a las pulsiones, es el que castiga, es el que prohíbe, es el que provee y ama. Si se tiene en cuenta que del Otro no solo se recibe amor, se puede entonces decir que el pequeño se acoge a las prohibiciones no solo para garantizar sus cuidados y su amor, sino también para contener su furia la cual se puede materializar de diversas formas. No es extraño escuchar a los progenitores emitir amenazas tan crueles como "te voy a regalar", "te voy a dejar" o hasta frases tan extremas como "te voy a matar a golpes".

Lo anterior sugiere que el operador de la renuncia a las pulsiones es en principio un Otro en el que se presentifica una dimensión real - la del goce - y una dimensión imaginaria - la del amor y el odio -, frente al cual el sujeto se somete por estar frente a él en posición de absoluta dependencia. Es decir que no sólo es el amor el que produce la renuncia a las pulsiones, sino también el temor a esa dimensión cruel del Otro.

Según Freud en este primer tiempo aún no se puede hablar de superyó pues el pequeño no cuenta con una instancia psíquica que represente a las figuras de autoridad. Es en un segundo momento en el cual el superyó se estructura como consecuencia de la introyección del Otro que representa la autoridad. Este movimiento se da en el escenario Edípico. El Otro le exige al pequeño la renuncia a los deseos incestuosos hacia al progenitor del mismo sexo y a su vez le exige la renuncia a la agresividad que él como rival le provoca. Es esta doble renuncia la que le permite al sujeto, por la vía de la identificación, introyectar al Otro en la figura del Superyó.



Al respecto Miller afirma:

"El superyó es entonces ante todo la introyección de esa función de la que se puede decir que se trata del Otro.."(12)

Pero ¿cuál es esa dimensión del Otro que se introyecta en el Edipo? Ese Otro es aquel que prohíbe para seguir gozando, es decir que es el Otro que goza.

Miller afirma al respecto:

"El padre muerto puede funcionar en el lugar del Ideal como significante. Pero el padre introyectado que Freud evoca al final - del Malestar en la Cultura - es el padre acaparador de goce...Es un superyó que no es el representante parental sino en tanto que se trata del padre de la horda, es decir que es el representante del Tánatos"(13)

El sujeto en este segundo tiempo esta frente a una dimensión del Otro que evoca la Ley y el goce en el marco de la sexualidad. El agente de la prohibición es a su vez agente de la transgresión, no sólo porque goza al interior de un pacto, sino porque existe un "intervalo" entre lo que es el padre en lo real y la función simbólica que él representa.(14)

Para terminar este recorrido es posible entonces afirmar que el Superyó es un personaje psíquico que representa al Otro del Goce, un Otro que fue su creador en tanto encarnación de una hiperpotencia real e imaginaria y en tanto que encarnación de una ley que falla. El Superyó es entonces un representante de la autoridad, una especie de abogado al servicio de Tánatos.

Citas

1 FREUD, Sigmund. El Malestar en la Cultura. Capitulo siete.

2 LACAN, Jacques. La Familia. Editorial Homo Sapiens.

3 Op.cit. El Malestar en la Cultura.

4 LACAN, Jacques. La Relación de Objeto. Seminario 4. Ediciones Paidós, España. 1994. P.70

5 EURÍPIDES. Las diecinueve Tragedias. Editorial Porrúa. 1977. México. P.51

6 Ibid., p65



7 Ibid. P66

8 Op.cit. El Malestar en la Cultura. P 120

9 LA BIBLIA. 1 Reyes: Capítulo3, versículos 16-26.

10 Op. cit. El Malestar en la Cultura. P 124.

11 Op. cit. El Malestar en la Cultura. P. 123

12 MILLER, Jacques Alain. Poli(e)tica. Pp. 24

13 Ibid. P. 28-29

14 LACAN, Jacques. El Mito Individual del Neurótico, p 56.

Affectio Societatis

